

dad. Yo diría, si fuera correcto decirlo, que llevan sus valores eternos hasta en el jersey.

—Y hay algunas fracamente guapas.

Zuazagoitia y Manolo Valdés, como buenos bilbaínos, saben mucho, trabajan bastante, cuentan las cosas con gracia, se preocupan de política, de economía, de literatura, de lo divino y de lo humano y, además —en un capítulo que justamente pudiera colocarse entre lo divino y lo humano—, aprecian con claro entendimiento todos los matices de la belleza femenina.

—Ya lo creo, ya...

Eran chicas de Astorga, Torrelavega, San Sebastián, Huesca, Blanes, Baleares, Cieza, Córdoba, Badajoz y Segovia. Pontevedra seguía sin llegar. Las de Baleares, dieciséis chicas con su Delegada Provincial al frente, a más de un músico, estaban a bordo desde el sábado; Huesca y Blanes, desde el domingo temprano. En la mañana del lunes, con el tiempo justo para dejar sus trastos y subir a Gallarta, llegaron los grupos de San Sebastián y Torrelavega, los dos en autobús, por supuesto. Y en tren los de Astorga, Segovia, Córdoba, Badajoz y Cieza. Nadie podía prever a qué altura del plano ferroviario se encontraban las gallegas.

—Francamente monas.

Sonaban los distintos acentos y cada cual cantaba con su tonillo. Localizábamos las regiones.

—Qué chiquitas y qué bien visten las de Badajoz.

—Pues anda, que si hubiéseis visto a las de Cáceres en la Argentina... España progresa de un modo imparable. Hay que ver lo elegantes que iban las cacereñas. Antes de la guerra, Cáceres dormía incluso a la hora de los figurines...

Estando en esta y otras consideraciones,

el Ministro se despidió de Pilar y de todas las autoridades. Las chicas rodearon el coche. Iba Raimundo hacia el Pazo de Meirás, a Consejo. «Escribe mucho», me dijo. Luego Pilar ordenó la marcha hacia Begoña. Se aproxima la hora de partir. El Alcalde, Valdés y yo encabezábamos la caravana y esperamos a los autobuses en el atrio de la Basílica, bajo los árboles que vieron el aurra-ku de saludo al regreso de la Argentina. Se me acercaban colegas, amigos, camaradas, perfectos desconocidos, todos cargados de la misma cordialidad.

—Hombre, mira, si no te molesta, te voy a dar una tarjetita para fulano de tal, en Santiago...

O en Lima, o en Trujillo, o en Valparaíso, o en Guayaquil, o en donde fuese, sin tener en cuenta las anunciadas escalas del barco.

—¿Usted es el enviado del *Arriba*?

—Pues sí, de momento...

—Le voy a molestar con una petición. Verá, yo soy...

—Sí, sí. ¿Quiere que le lleve una tarjetita? Venga; ¿para dónde?

—Para San Juan de Puerto Rico...

—¡Huy!, quién sabe. Usted tómelala, y si van, bien, y si no, santaspascuas.

—Bueno, bueno, démela; por mí...

—Gracias.

Al rato tenía tarjetitas para San Juan, para Cuba y Panamá, para Santo Domingo y Haití, para Guatemala, Honduras, Bolivia y Paraguay. Luego de la Salve, ya tomando el coche que debía llevarme al muelle, se me acercó un señor muy correcto, muy pulido y muy limpio. Su hongo fué el primero que vi en todo el verano. Me sentí inclinado a concederle lo que pidiera. Llevaba una per-